

Prólogo

El caballo hunde los cascos de sus patas traseras en la tierra para tomar impulso y alcanzar la cima de la colina. Yo me inclino hacia delante para aliviar el lomo del animal del peso, procurando no aplastar a mi hijito, que está sentado en la silla frente a mí, e intento no mirar el vertiginoso abismo que se abre a nuestros pies. Durante un momento angustioso el caballo castaño y blanco resbala hacia atrás. Por fin, tras un último y tremendo esfuerzo, alcanzamos la cresta del elevado paso de montaña.

—¡Pegar a papá!

Rowan, mi hijo de cinco años, se vuelve riendo y trata de golpearme en el labio dolorido y sangrante. Aparto la cabeza para esquivar el golpe. Las nubes se deslizan sobre nuestras cabezas y sopla una fresca ráfaga de aire. A nuestras espaldas, centenares de metros más abajo, se extiende el bosque siberiano hasta el infinito y, frente a nosotros, el espacio pelado y desértico de la tundra montañosa.

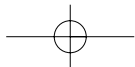
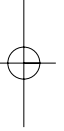
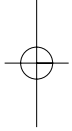
—¡Nieve! —Rowan señala la amplia franja blanca que sigue adherida a las elevadas cumbres que se alzan sobre nosotros, donde un par de cuervos surcan el viento graznando furiosos—. ¡Bajar! ¡Bajar y jugar en la nieve!

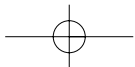
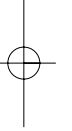
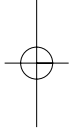
Como un niño normal. Casi.

El caballo, que Rowan ha bautizado con el nombre de *Blue*, agacha la cabeza para relajar los músculos del cuello después del esfuerzo. Ante nosotros se alza un gran montón de piedras decoradas con calaveras de animales, chales azules de oraciones y plegarias escritas en cirílico sobre unos folios de papel, que el viento agita, sujetos con piedras.

En lo más intrincado de esta montaña vive el chamán de la gente de los renos. Nos ha llevado medio año dar con él. ¿Sanará a mi hijo? ¿Será capaz de hacerlo?

Primera Parte





1

El niño nacido a los siete años

En abril de 2004 los médicos diagnosticaron que mi hijo, Rowan, padecía autismo. Me sentí como si me hubiesen golpeado en la cara con un bate de béisbol. Dolor, vergüenza, una vergüenza extraña e irracional, como si yo hubiera impuesto a mi hijo esa cruz al transmitirle mis genes defectuosos, y lo hubiera condenado a vivir como un bicho raro. Observando, horrorizado, mientras mi hijo empezaba a alejarse hacia otro lugar, como separado de mí por un grueso cristal, o la barrera transparente de un sueño.

Tenía que encontrar la forma de penetrar en su mundo, en su mente. Y la encontré, asombrosamente, a través de una yegua llamada *Betsy*.

Pero empecemos por el principio.

Veintisiete de diciembre de 2001. Un año en que el mundo aún no se había recobrado del atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York. Mi esposa Kristin, una mujer alta, de ojos oscuros y pelo también oscuro —y embarazada de ocho meses— y yo nos hallábamos en casa de una amiga, tomando el té, cuando de pronto, como en una película, Kristin palideció y se puso de pie.

—¡Dios mío! —dijo mirando su abultado vientre. Sobre el parqué se había formado un charquito de un líquido espeso y transparente.

—¡Ostras! —exclamé, y me abalancé al teléfono.

Tras una carrera a toda pastilla por la lluviosa autopista (los conductores hacían sonar los cláxones y nos hacían señas con los fa-

ros para protestar por mis temerarios cambios de carril), llegamos al hospital, donde se llevaron rápidamente a mi mujer a quirófano para practicarle una cesárea urgente. Kristin no cesaba de gritar: las contracciones se sucedían con tal rapidez que no le daban un instante de respiro, le producían un dolor infinito y le arrancaban de lo más profundo de su lacerado cuerpo unos chillidos angustiosos e intensos. No dilataba lo suficiente, y Rowan venía de nalgas. Esa semana habíamos concertado una cita con el médico para que le diera la vuelta.

—¡No hay tiempo para eso! —comentó el médico cuando Kristin entró en el quirófano. Luego se volvió hacia mí y me preguntó—: «¿Quiere usted estar presente?»

Todas nuestras ideas holísticas sobre un parto natural se desvanecieron de un plumazo. El parto no podía ser más clínico. Y yo, por lo general demasiado aprensivo para ver sangre y vísceras, observé fascinado mientras los médicos abrían el vientre de Kristin, apartaban sus tripas y extraían un ser humano sorprendentemente grande y azulado. Yo no dejaba de pensar: «Te lo ruego, Señor, que esté sano».

Al poco rato, mientras Kristin se despertaba de la anestesia, me encontré en la habitación privada del hospital a solas con Rowan (que pesaba casi tres kilos y cuarto, pese a haber nacido con un mes de antelación). Contemplaba al niño que yacía, en una especie de bandeja de plástico envuelto en una toalla, boca arriba. Tenía los ojos azules y entornados, fijos en los míos; su manita derecha me agarraba el índice con fuerza. El reloj de la pared indicaba que faltaban unos minutos para medianoche.

Lo que significaba, como comprendí de pronto, que Rowan había decidido venir al mundo exactamente siete años después del día en que Kristin y yo nos habíamos conocido, casi —según descifré tras hacer los cálculos oportunos— a la misma hora en que habíamos hablado por primera vez. La verdad es que resultaba asombroso porque, cuando la conocí, a Kristin no le apetecía hablar conmigo.

Vaya, otro hippy, había pensado Kristin al verme, tras lo cual me había dado la espalda.

Había ocurrido en el sur de la India, en la ciudad de Mysore. Me habían contratado para escribir una guía turística de la región. Kristin había ido para documentarse para su licenciatura en psicología. Yo, con una melena que me llegaba a la mitad de la espalda, había recorrido las selvas tropicales de las Ghats Occidentales, viviendo con las tribus de las montañas. Kristin había entrevistado a jóvenes indias destinadas a casarse con hombres que sus padres habían elegido para ellas, para averiguar qué las llevaba a prescindir de su sentido natural de lo que era justo y aceptar un sistema según el cual las esposas debían doblegarse a los caprichos de sus maridos. Aunque todavía no nos conocíamos, no podíamos ser más diferentes: Kristin era una chica californiana de clase media y yo era inglés, hijo de padres sudafricanos, criado en parte en el centro de Londres y en parte en una remota granja, donde había aprendido a adiestrar caballos.

Pero en cuanto la vi, tendida en una tumbona junto a la piscina del hotel Southern Star, con sus piernas larguísimas, bronceada y lánguida, como una modelo de alta costura tomando el sol en una playa de Cannes, con sus ojos negros en cuyo centro bailaban lucecitas, una voz en mi cabeza, acompañada por un golpe de intuición casi físico debajo del diafragma, dijo con claridad meridiana: «Ésa es tu esposa».

No, pensé, es imposible. Y me zambullí en el agua.

Pero cuando salí, la voz seguía diciendo: «Ésa es tu esposa. Ve a hablar con ella. Ahora».

El caso es que Kristin tardó casi veinticuatro horas en dignarse siquiera dirigirme la palabra. Yo iba a permanecer sólo un día más en esa ciudad: tenía que partir al día siguiente y continuar mi apretado itinerario para escribir la guía turística. De modo que decidí utilizar la ofensiva del encanto, mezclada con la desesperación, y, por fin, conseguí que Kristin accediera a pasar una velada conmigo. Incapaz de resistir el impulso, le conté lo que la voz

interior había dicho, preparado para oír la inevitable respuesta: «¡Estás loco!», que fue, como era de prever, lo primero que soltó Kristin.

Luego me sorprendió.

—Claro que yo también estoy como una cabra. Es más —añadió Kristin—, yo de ti saldría corriendo.

Resultó ser toda una historia: el año anterior Kristin había dejado a su marido por otro hombre, y ahora estaba esperando a que ese hombre dejara a su esposa. Pero el tipo se hacía el remolón.

—Estoy hecha un lío —dijo Kristin—. Soy la primera en reconocerlo. Pero no estoy disponible.

Lo cual despertó aún más mi interés.

Eché mano de todas mis dotes de persuasión y logré convencerla de que me acompañara (junto con unos amigos suyos) a la próxima población importante, donde iba a alojarme en un elegante hotel con los gastos pagados, por lo que podíamos instalarnos todos en mi habitación. A partir de ese momento, pese a cierta resistencia inicial por parte de Kristin, nos embarcamos en siete años de aventuras: a través de los remotos rincones de la India; luego fuimos a Londres, donde Kristin se tomó un año sabático y dejó de preparar su licenciatura para venirse a vivir conmigo, posteriormente viajamos al sur de África, donde yo tenía que escribir otra guía turística, y, por último —cuando Kristin tuvo que regresar a Estados Unidos para licenciarse—, a Berkeley, California. Nos casamos, y puesto que me dedicaba a escribir guías turísticas y podía establecerme donde quisiera, me convertí en el marido ideal de una académica; así pude seguir a Kristin, primero a Colorado, donde obtuvo una plaza de posdoctorado, y, finalmente, a la Universidad de Texas, en Austin. Mejor dicho, a la abrasadora campiña repleta de cigarras, robles y prados en las afueras de la capital, para hacer realidad el sueño de tener caballos, que había albergado desde mi infancia, buena parte de la cual había pasado sentado en una silla de montar. De hecho, desde que era niño. En la granja de mi tía abuela, mis padres solían encon-

trarme en el prado, charlando animadamente con los caballos. Yo había montado semiprofionalmente, y había domado y amaestrado todo tipo de caballos. A decir verdad, era un apasionado de esos animales.

Entre tanto, yo viajaba continuamente entre Estados Unidos y África; me documentaba para escribir un libro sobre la extraña relación de mi familia con los últimos cazadores-recolectores del sur de África, los bosquimanos del Kalahari, y escribía otro libro sobre su extraña cultura de sanar mediante la utilización del trance y sus intentos de recuperar los territorios de caza que les habían sido arrebatados para crear parques nacionales y explotar minas de diamantes. Precisamente cuando se publicó ese libro, Kristin me informó de que estaba embarazada.

Decidimos poner al niño el nombre de Rowan,* por el árbol que, según todas las leyendas inglesas, es el árbol de la magia blanca. Si llevas un trozo de madera de serbal en el bolsillo, las hadas maléficas no pueden tocarte. Como segundo nombre le pusimos Besa, en honor de un sanador bosquimano con quien yo mantenía una estrecha amistad. Así fue como, poco después de medianoche y dos días después de la Navidad de 2001, me hallé vestido con una bata y un gorro verde de hospital, contemplando asombrado el resultado físico de mi amor por la joven que hacía siete años había visto tumbada junto a una piscina, en un hotel de la India.

—Siete años exactamente —murmuré en voz alta—. Bienvenido al mundo, Rowan Besa Isaacson, muchacho de los ojos azules. ¿Qué aventuras nos tienes reservadas?

Llevamos a Rowan a casa un día en que nevaba, lo cual es raro en Texas. Queríamos afrontar la realidad de ser padres sin ayuda de las insolentes pero afectuosas enfermeras que se habían ocupado de nosotros en el hospital, pues, como la mayoría de los padres

* En castellano, serbal. (*N. de la T.*)

primerizos, no teníamos ni remota idea de cómo cuidar de un bebé. Nos parecía increíble poder gozar del don de ese extraordinario y diminuto ser que era nuestro hijo. Nos obsesionaba la posibilidad de darnos la vuelta en la cama por las noches y aplastarlo; cuando dormía, nos asegurábamos cada diez minutos de que seguía respirando, y nos preocupaba que comiera lo suficiente. Pero era un temor infundado, pues Rowan apenas soltaba el pezón de su madre, incluso cuando dormía. Como la mayoría de los bebés, Rowan se pasaba buena parte del tiempo durmiendo, emitía unos ruiditos adorables cuando estaba despierto y machacaba los pechos de su madre como un diminuto luchador de sumo antes de quedarse dormido. Apenas lloraba. Kristin y yo estábamos asombrados de lo fácil que resultaba ser padres; ¿de qué se quejaba todo el mundo?

Incluso cuando Kristin tuvo que volver al trabajo después de su breve baja por maternidad, no nos resultó demasiado complicado. Yo sacaba un par de biberones llenos de leche materna del frigorífico, instalaba a Rowan en la mochila portabebés y me dirigía a la cuadra de mi vecino, donde estaba adiestrando un joven caballo, al que llevaba alrededor del corral mientras Rowan babeaba, se reía y a veces escupía sobre mi pecho. Me dije que no le presionaría para que se convirtiera en un experto jinete. Pero mentía, pues había empezado a imaginar el momento en que le enseñaría a montar y compartiría aventuras a caballo con él. Por su parte, Kristin, que se había hecho budista hacía tiempo, soñaba con las largas charlas espirituales y filosóficas que sostendría con su inteligente y precoz hijo. Como todos los padres primerizos, nos afanábamos en proyectar nuestros propios sueños y deseos en nuestro hijo.

Rowan empezó a andar muy pronto, y balbuceó sus primeras palabras antes de cumplir un año. Kristin y yo estábamos eufóricos, nos sentíamos aliviados por su precocidad, halagados y orgullosos por lo que considerábamos un reflejo de nuestros elevados intelectos. Sólo nos sentimos un tanto disgustados cuando Rowan

aprendió a pronunciar antes los nombres de todos sus trenes de *Thomas y sus amigos* que a decir «mamá» y «papá».

—¡Henryyy! —decía volviéndose hacia mí con una extraña e intensa vehemencia mientras me mostraba la pequeña locomotora de juguete que se llamaba, efectivamente, *Henry*—. ¡Henryyy!

Rowan creaba diseños maravillosos con sus trenes y sus animales de juguete. Pasaba horas colocándolos en el suelo del cuarto de estar en un orden sorprendentemente coordinado, según el tamaño y el color. Kristin y yo alabábamos su sentido estético, su precoz e intuitiva comprensión de la forma, y fantaseábamos sobre si sería artista, como mi madre, o quizá arquitecto, como mi padre. Cuando su obsesiva afición a mamar empezó a ir acompañada de unas curiosas posturas de yoga (que a veces le hacían volverse bruscamente y tumbarse en el suelo, casi arrancándole el pezón derecho a la pobre Kristin), asentíamos con la cabeza, convencidos de que nuestro hijo poseía la naturaleza apasionada de un escritor o de un explorador. Cuando Rowan empezó a balbucear breves pasajes de los vídeos de *Thomas y sus amigos*, sonreímos, pensando que no tardaría en aprender a hablar.

Cuando Rowan cumplió dieciocho meses, Kristin, como psicóloga especializada en el desarrollo infantil, empezó a preocuparse. Rowan no señalaba nunca. Ni había añadido ninguna palabra a su limitado vocabulario, aparte de reproducir algunos fragmentos de los diálogos de los vídeos infantiles que veía (lo que los expertos en autismo llaman ecolalia). Tampoco mostraba sus juguetes a la gente, como hacen muchos niños. Y cuando alguien pronunciaba su nombre, no se volvía.

Temiendo que el niño sufriera un retraso del lenguaje, nos pusimos en contacto con los servicios estatales de intervención en la primera infancia y —como padres responsables que éramos— concertamos una visita semanal con un terapeuta especializado en problemas del lenguaje. Rowan no hacía caso del terapeuta, pero al cabo de un par de meses aprendió a decir «es Woody» cuando sostenía su muñeco de *Toy Story*. También sabía decir «Toy Story»

cuando quería ver la dichosa película (unas ochocientas veces al día). Y decía «es un elefante» cuando miraba a un elefante de peluche o veía uno vivo en la pantalla del televisor. Pero no sabía decir «mamá», «papá», «hola», «tengo hambre», «quiero eso», «sí» o la palabra que un niño repite con más frecuencia: «No».

Cuando quería algo, Rowan te tomaba de la mano y te conducía hasta el objeto en cuestión: el frigorífico cuando quería comer algo (sólo productos crujientes como beicon o manzanas), el vídeo cuando pretendía que le pusieras *Toy Story* o algún documental sobre animales (si te equivocabas de cinta Rowan se ponía a berrrear hasta que dabas con la que quería).

Los padres de Kristin y los míos vivían a miles de kilómetros.

—Está demasiado consentido —se quejaban las abuelas de Rowan las pocas veces que venían a visitarnos y observaban que el niño no nos hacía caso cuando tratábamos de captar su atención—. Dejáis que haga lo que quiera. ¿No podríais ser más firmes con él?

—No lo sé —respondía Kristin preocupada—. No lo sé.

Luego comenzaron los berrinches. No los berrinches habituales de «me siento frustrado porque no comprendo/no consigo lo que quiero» de todos los niños. Ésos ya los conocíamos. Éstos eran una novedad: unos arrebatos infernales, como los de un poseso, que estallaban inesperadamente. Rowan estaba jugando tan contento con sus juguetes o con la manguera del jardín (el agua también lo obsesionaba), o incluso dormido, cuando de pronto se ponía a chillar, medio de rabia y medio de dolor. A veces durante horas. ¿Por qué?

Algo iba mal, pero no se nos ocurrió que el problema tuviera que ver con el autismo. Rowan tenía una excelente relación emocional con nosotros. Nos miraba a los ojos. Se nos acercaba con los brazos extendidos para que lo abrazáramos. Nuestros amigos trataban de tranquilizarnos. «Yo no empecé a hablar hasta que cumplí los cuatro años.» «Algunos bebés que nacen por cesárea tardan más en desarrollarse.» «Llevalo a un terapeuta especializado en problemas del lenguaje.» Eso ya lo habíamos intentado,

y Rowan no había hecho ningún progreso. Probamos con una terapia ocupacional. Rowan tampoco hacía caso de esos terapeutas. Se enfadaba y se ponía a berrear cuando lo obligábamos a sentarse junto a ellos; después volvía a entretenerse colocando sus animales y sus trenes, gritando: «¡Toy Story!». Y: «¡Es un elefante!», pero nada más. Incluso al cabo de un tiempo disminuyó la frecuencia con que pronunciaba esas breves frases. Se quedaba largos ratos en silencio, con la vista fija en el infinito, hasta que le daba uno de sus extraños berrinches y se ponía a gritar como un poseso, sometiéndonos a nosotros y a él mismo a un infierno ensordecedor y emocionalmente demoledor. Nuestro hijo, nuestro maravilloso hijo, se alejaba de nosotros, y no podíamos hacer nada al respecto.

Hasta que una noche, cuando Rowan tenía unos dos años y medio, Kristin subió la escalera, se sentó ante el ordenador y tecléo «autismo, primeros síntomas». Halló un enlace a «Probables síntomas de que de su hijo padezca autismo» en la web de una prestigiosa universidad, e hizo clic en él.

Los síntomas eran los siguientes:

- No mostrar sus juguetes a los padres o a otras personas adultas.
- No hacer gestos como señalar, extender el brazo para asir algo, agitar la mano, mostrar objetos.
- No compartir su interés o su alegría con los demás.
- Realizar movimientos repetitivos con objetos.
- No mirar a las personas cuando le hablan.
- No responder cuando lo llaman por su nombre.
- Hablar con un ritmo y una entonación extraña.
- Carecer de vocabulario u otras habilidades.
- Balbucear en lugar de hablar.
- No pronunciar espontáneamente frases coherentes de dos palabras tras haber cumplido los veinticuatro meses.

Rowan tenía un buen contacto visual. Aparte de eso, presentaba todos los síntomas que acabamos de describir.